

CONGRESO INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA

—Discurso de Inauguración del Rector de la Pontificia Universidad Católica
del Perú—

Dr. Carlos Pereda, presidente de la Sociedad Interamericana de
Filosofía;

Dr. Reyes Mate, director de la Sociedad de la Enciclopedia
Iberoamericana de Filosofía;

Dr. Francisco Miro Quesada, presidente de la Sociedad Peruana
de Filosofía;

Dr. Miguel Giusti, coordinador del Congreso de Filosofía;

Señoras y señores;

Queridos amigos:

Al dar inicio hoy a este Congreso Internacional de Filosofía, que es al mismo tiempo interamericano e iberoamericano, resulta para mí sumamente grato expresar a todos ustedes, participantes y asistentes, la más cálida bienvenida a la Pontificia Universidad Católica del Perú, que se honra en recibirlos y en ser, siquiera por unos pocos días, su hogar intelectual. Es orgullo de esta Casa de Estudios, en efecto, hacer de su vida académica un permanente ejercicio de pluralismo y de amplitud de espíritu y ser, en todo momento, entusiasta acogedora de las más diversas corrientes de pensamiento

acordes con los criterios de rigor académico y espíritu humanístico que se practican y difunden en sus claustros. La presencia de ustedes en este campus es, pues, una oportunidad de afirmación institucional y de enriquecimiento intelectual que apreciamos en su justo valor.

Constituye nota singular de este encuentro la significativa confluencia que en él se manifiesta. Se ha querido hermanar en este congreso, aquí, en Lima, a dos comunidades filosóficas que, poseyendo cada una su identidad propia y discernible, se hallan vinculadas en el mismo propósito de cultivar y hacer florecer el pensamiento filosófico en nuestros países y, correspondientemente, iluminar nuestros problemas y nuestras circunstancias históricas y sociales por medio del hábito de la meditación rigurosa que es la savia de la filosofía. Nos congratulamos, pues, de albergar en este recinto a la Sociedad Interamericana de Filosofía y a la Sociedad de la Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía y, junto con ellas, a la Sociedad Peruana de Filosofía, reunidas todas para dialogar en torno a un tema que constituye una verdadera interpelación a los tiempos que vivimos: la idea de la tolerancia y el lugar que ella ocupa en un mundo acosado por dogmatismos de diverso signo; un mundo en el que la fuerza bruta y la simple intemperancia suelen ser enarboladas como título suficiente para imponer puntos de vista, para hacer prevalecer propósitos particulares y aun para disponer y eliminar vidas ajenas.

Tolerancia

Hemos sido convocados, en efecto, para tratar en estos días el tema de la tolerancia, considerándolo como cuestión permanentemente interpeladora al quehacer filosófico, pero también como asunto de dramática actualidad y de urgente atención.

No es, por tanto, la simple casualidad la que explica la elección del tema propuesto para este congreso, pues bien sabemos los peruanos, a la luz de nuestra historia reciente, cuán gravitante es para el bienestar o la desgracia de los seres humanos la existencia en sus vidas colectivas de esa disposición al reconocimiento de los demás, al respeto de sus diferentes puntos de vista, hábitos, costumbres y aún semblantes, que identificamos con la noción de tolerancia, yendo así más allá del sentido limitado con el que Locke introdujo este problema dentro de la filosofía occidental.

En efecto: como probablemente muchos de ustedes tengan conocimiento, el Perú acaba de atravesar por una peculiar experiencia que deberá rendir sus mayores frutos en los años por venir. Me refiero a la revisión de veinte años de violencia que degradaron nuestra vida política y social y en los que perdieron la vida —en la mayoría de los casos como resultado de la brutalidad y el desprecio, de la ceguera dogmática y el fanatismo del orden y la seguridad a cualquier precio— cerca de setenta mil

personas. La abrumadora mayoría de ellas, como lo ha señalado la Comisión de la Verdad y Reconciliación, que se encargó de investigar e interpretar ese terrible proceso, fueron personas del sector más pobre y más privado de consideración social de nuestro país: los campesinos de los andes, principalmente quechuahablantes, excluidos de los servicios de instrucción formal y hasta de la protección elemental que todo Estado debe proporcionar a sus ciudadanos. De cada cuatro víctimas de esa tragedia de dos décadas, tres tenían como idioma materno el quechua. En suma, se trataba de aquellos que acertadamente han sido calificados como los *in-significantes* de nuestra sociedad, existencias a las cuales no se las reconocía como poseedoras de sentido y que, aun rebajadas a la condición de meras cosas, aparecían como desdeñables y por tanto huecas ontológica y moralmente. Estos hechos lapidarios nos obligan a afirmar, pues, que en un país como el Perú, y como otros muchos en el mundo, la falta de consideración, más aún, de reconocimiento del valor esencialmente humano de los otros, fue el primer factor del gran holocausto que, más allá de las circunstancias peruanas, caracterizó al siglo XX y que aún sigue gravitando sobre la centuria que comienza.

Es bajo el influjo de esa constatación, esto es, bajo la certeza de que al tratar de conceptos y valores estamos hablando de vidas humanas que se salvan o se pierden, de existencias que se realizan o que se arrunan para siempre, que hicimos esta invitación a reflexionar sobre el problema filosófico

de la tolerancia y, desde luego, sobre su indeseable correlato, el espíritu intransigente y sectario de quienes creen poseer la verdad y se sienten llamados a imponerla a quienes les rodean. Fanatismo religioso o dogmatismo político, obcecación nacionalista o desenfreno lucrativo: todas son formas de la intolerancia en la medida en que pretenden, y muchas veces logran, imponer un solo lenguaje, esto es, una sola forma de comprender el mundo y de actuar en él.

Ahora bien, la discusión a la que hemos sido invitados a participar en estas jornadas ha de trascender, sin duda, una concepción limitada de la tolerancia como el solo *soportar* la diferencia, como una resignada aceptación del otro, al cual debemos sobrellevar únicamente como un dato más de la realidad que no estamos autorizados a suprimir.

Como bien sabemos, un vasto sector de la reflexión filosófica de las últimas décadas del siglo XX emprendió un vigoroso debate con el paradigma filosófico de la Modernidad que postula un yo autárquico, expresado en la figura de la Razón o de la Voluntad absolutas y, al hacerlo, nos ofreció elementos importantes para considerar con especial hondura el tema que hoy nos convoca. Así, la comprensión del otro como complemento, y no como inevitable restricción de nuestra libertad y nuestra humanidad, y la recuperación de las preguntas sobre la alteridad, entendida ella como dimensión soberana y no como territorio para ser colonizado por la ciencia y

la técnica, nos abren posibilidades prometedoras para interrogarnos sobre el puesto de la tolerancia en el mundo de hoy. Esta se nos presenta entonces no como simple negación de la intolerancia, sino más bien como un concepto filosófico pleno de positividad, el cual se extiende para hacerse vida y realidad en una actitud o postura moral que reclama a cada hombre el reconocimiento de los otros en su *ser-diferente*, sin que ello signifique, desde luego, el olvido de una común y radical condición para todas las existencias.

Se esboza de tal suerte para un amplio segmento del quehacer filosófico contemporáneo, la tarea de meditar sobre los modos en que habrá de explorarse este fenómeno de la Heteronomía que, repitiendo a Levinas, confiere fundamento y sentido a la afirmación de cada sujeto. Yo soy yo, pero de algún modo también soy el otro que habita en mí bajo la forma de una exigencia: la de su reconocimiento, pues es él quien me interpela moralmente; es él quien al hacerme responsable otorga fundamento a mi libertad y me permite ser justo; es él, en suma, quien se yergue frente a mí para decirme que en su negación radical se halla finalmente quintaesenciada la maldad.

Nos hallamos, pues, ante la situación de indagar sobre nuevos —pero en el fondo antiguos y venerables— caminos que habrá de recorrer en adelante la filosofía, ahora que el pensar metafísico parece mostrar síntomas de agotamiento. Queda como cuestión por considerar si será la meditación

ética en su sentido más pleno la que señale fronteras y explore horizontes en los nuevos avatares de la filosofía. De ocurrir así, resulta por demás claro que ella deberá ocuparse de valores fundamentales para la vida moral como el de la tolerancia, buscando los cauces para que ella no esté llamada a ser solamente la renuncia civilizada, virtuosa al modo estoico, a la imposición soberana de nuestro yo sobre la pluralidad del mundo, sino más bien el acatamiento y la celebración de esa pluralidad. Pasar, entonces, de una idea de tolerancia de signo permisivo a otra de signo solidario, nos permitirá, tal vez, proponer en mejores condiciones una ética para el mundo contemporáneo, en el que se nos ofrece la paradójica convivencia de una comunicación cada vez más veloz y caudalosa con una comprensión cada vez más pobre y negligente.

El papel de la PUCP

Hablar de la tolerancia nos conduce, es claro, a hablar sobre el valor y el sentido de las convicciones morales, tan necesarias en el mundo de hoy. Y en esa reflexión se ha de reconocer una vez más a la Universidad como una institución que debe desempeñar un papel de la más alta importancia, pues ella se entiende como lugar del pensamiento libre, espacio de la crítica fundada y razonable, ámbito en el que se respira justamente comprensión y tolerancia.

Es por ello, y también por su deseo de ser fiel a compromisos esenciales y trascendentes, y no a acomodados pragmáticos y posturas morales estrechas, que la Universidad Católica se siente especialmente concernida por este evento. Como ya he señalado, un valor central que ella cultiva y promueve es el del respeto y la celebración del pluralismo. Él se expresa en las diversas disciplinas y corrientes de pensamiento que conviven en nuestro claustro, en la integración de estudiantes de todas las procedencias sociales y económicas en nuestras aulas, en el diálogo que mantenemos siempre vivo con otras universidades y centros intelectuales de país entero y, sobre todo, en el ejercicio de la crítica, la cual, para ser práctica intelectual respetable, ha de ser siempre franca y abierta. Nadie que se encuentre al tanto de la vida intelectual en el Perú de hoy puede ignorar nuestra apertura en el campo de las ideas, ni tampoco la permanente y amplia convocatoria que extendemos a la sociedad peruana para contribuir a que ella alcance a ser una nación pacífica justa y solidaria.

Amigos:

El congreso que hoy se inicia no hubiera sido posible sin el trabajo denodado, la imaginación y el entusiasmo del comité organizador, al cual deseo expresar nuestra profunda gratitud. De manera especial quisiera

destacar la entrega generosa e infatigable del doctor Miguel Giusti, docente de esta Casa de Estudios y, él mismo, brillante filósofo , que ha sabido liderar el esforzado aporte de colegas y alumnos. Añado a estos agradecimientos nuestro reconocimiento, una vez más, a todos ustedes, visitantes de diversos países y también de diversos lugares del Perú, pues su presencia y participación permitirán que la tolerancia sea no sólo un tema de elevada discusión filosófica sino también diaria práctica entre los que se han reunido para animar esta fiesta del pensar.

Esta reunión, tan especial por el número de convocados, todos de la más alta calidad intelectual ha de constituir, sin duda, una oportunidad privilegiada para que todos reiteremos la tarea esencial de la filosofía, una tarea que acaso pueda sintetizarse en esa inclinación a efectuar una mirada comprometida desde lo alto. Una mirada, aquello que los griegos entendían por *theoría*: una contemplación no pasiva, sino creadora, abarcadora y dispuesta a unir armónicamente lo que se presenta como diverso. Mirada necesariamente comprometida, pues los llamados por la filosofía, no sólo son personas que aspiran racionalmente a la verdad, sino también seres con voluntad y con afectos sometidas al mandato de desplegar su conducta en un *mundo-con-los-otros*. Por último, mirada comprometida que se realiza desde lo alto no por una ridícula presunción de superioridad, sino porque en eso, en mirar desde

las altas cumbres, aprehendiendo lo ofrecido en unidad , teniendo como horizonte al infinito, estriba la esencia misma del saber.

Con la plena seguridad de que estos días de reflexión y de debate servirán para afirmar en nuestras comunidades esa íntima naturaleza de la actividad filosófica, y que asimismo ellos no ayudarán a enfrentar con renovadas esperanzas los difíciles tiempos que vivimos, declaro inaugurado el Decimoquinto Congreso Interamericano que es asimismo el Segundo Congreso Iberoamericano de Filosofía.

Salomón Lerner Febres

Rector

Lima, enero del 2004.

12/01/2004